



Entierro de los salvadoreños asesinados por la Policía cerca de la Embajada de Venezuela en la capital del país.

LA SANGRE DE LAS TIRANIAS

JUAN ALDEBARAN

BOKASSA I, que salió de sargento para ser Emperador de Centroáfrica —una carrera menos brillante, por un punto, que la de Napoleón, que partió de cabo— ha sido acusado formalmente de haber dirigido una matanza de niños. Una manifestación de estudiantes —a partir de los ocho años de edad— pidió el restablecimiento de la República: la guardia imperial disparó y entre los muertos causados por esa intervención y los que murieron en la cárcel de Bangui, entre el 17 y el 20 de abril —hay testigos que dicen que el Emperador estuvo presente—, se cuenta un centenar. Las acusaciones son formales: proceden de Amnesty International, del propio embajador centroafricano en París —ha dimitido de su car-

go— y del Gobierno francés: Giscard se ha negado a estrechar la mano del tirano que acudía a la Conferencia panafricana de París, y Francia ha cortado su ayuda económica al Imperio Centroafricano.

La revelación de este suceso es uno de los acontecimientos de una semana donde los sucesos sangrientos abundan, y tienen por escenario principal los países autoritarios o de Gobiernos fuertes. Con una palabra más realista, más concreta, las tiranías.

Como la de Nicaragua. La Nicaragua de los años y años de sufrimiento, de un país bajo la dinastía de los Somoza. En esta semana que ha pasado, Méjico rompió sus relaciones diplomáticas con Nicaragua —al igual que lo

había hecho Costa Rica—, acusando a su Gobierno de cometer un "horrendo genocidio". "Méjico no puede tolerar que un régimen político conduzca a su pueblo a la esclavitud", ha dicho el Presidente López Portillo. El peso de Méjico en esa región —sesenta millones de habitantes, relaciones privilegiadas con Estados Unidos, inmensos recursos petroleros— tiene una importancia diplomática grande. Pero la familia Somoza no cede ni cederá ante los Estados Unidos, que busca ahora una especie de salida para los regímenes tiránicos de Latinoamérica.

Cerca de Nicaragua, El Salvador. El Ejército tira sobre manifestantes desarmados: el mundo lo ha visto por unas transmisiones de televisión —vía satélite—, que pro-

bablemente no podrían haberse realizado sin la anuencia directa de los Estados Unidos. Las últimas cifras, hasta el fin de semana pasado, eran de 85 muertos civiles en San Salvador.

Simultáneamente, el "New York Times" publica una información sobre Indonesia, al cabo de catorce años del gobierno de Suharto, después del "golpe" en el que desaparecieron por lo menos 500.000 personas, acusadas de comunismo. Se basa en un informe del Departamento de Estado, que determinaba en 500.000 las primeras víctimas; desde entonces, el número puede haber aumentado hasta un millón, y medio millón de detenidos, de los cuales la mayor parte están en las cárceles. Un informe de Amnesty In-

ternational considera que el número de personas encarceladas en estos momentos, por motivos políticos, se sitúa en torno a las 30.000: "Además, los mantienen en condiciones espantosas. Millares han muerto por falta de asistencia médica. Muchos no han sido sometidos a juicio en los últimos trece años e incluso entre los nuevos prisioneros hay partidarios de Suharto. El significado de esta última represión es que Suharto, habiendo matado a sus enemigos, ahora se vuelve contra sus partidarios". El "Times", de Nueva York, señala que ahora toda la atención sobre las violaciones de derechos humanos se centran en el Irán, "pero otros países del Tercer Mundo, especialmente aquellos a los que favorece el Gobierno de los Estados Unidos, escapan a dicha atención".

Claude Julien recuerda, en la primera página de "Le Monde Diplomatique", esta curiosa anomalía: la denuncia de las violaciones de derechos humanos en el Irán se está haciendo ahora, pero no se ha hecho en los tiempos del Sha. "Como la dinastía Pahlevi, otros regímenes fundados sobre lo arbitrario y la tortura —son legión en el mundo actual— no dejarán de hundirse. Cada vez, una "justicia" indigna de ese nombre violará las reglas del Derecho para castigar a aquellos que no las respetaban cuando estaban en el poder". Pero no es ese ciclo infernal el que se está esperando, y la rebelión contra el Sha era aceptable porque se esperaba que pusiera fin a lo arbitrario, a la tiranía, a formas de opresión y de injusticia. No se deseaba, no se esperaba, la sustitución de una tiranía por otra.

"Actuamos como en Irán, no somos mejor que ellos, ¿cómo vamos a condenarles?", dice ahora una abogada de Estados Unidos, protestando contra la ejecución de Spenkeli en una prisión de Florida. Es otra especie de

tortura. Si en Irán el horror está en los juicios a puerta cerrada y en las ejecuciones inmediatas, en los Estados Unidos el caso Spenkeli representa la aberración contraria: cinco años de condena a muerte de un hombre esposado en su celda —para evitar que la desesperación le llevara a atentar contra su vida—. Cinco años de plazos legales, de recursos, de revisiones, cuando se sabía que la maquinaria de la pena de muerte estaba en marcha y era inexorable. Y se sabe aún que esta pena de muerte cumplida es la primera de una serie que está esperando, y que la interrupción conseguida en el año 1977 sólo ha servido para añadir un aplazamiento más.

Esta crónica de sangre no termina aquí. El terror político y las violaciones de las dictaduras se acumulan cada día en los periódicos. La visita de Ceausescu a España sirve para recordar que si el régimen de su país pretende una apertura exterior, en su interior reina un régimen draconiano; las liberaciones de disidentes de la Unión Soviética o de Cuba, para que no olvidemos cuántos son todavía los presos políticos; la fiesta nacional de la Argentina —a cuya Embajada han acudido, con esta ocasión, muy importantes españoles— para recordar sus presos, sus exiliados, sus desaparecidos, sus secuestrados, como los del Pinochet vecino.

Así son los regímenes fuertes. Así son las dictaduras, las autocracias, las Juntas, que de cuando en cuando se ensalzan en este país como ejemplos de justicia, libertad y orden para contraponerlos a los horrores de las democracias. Horrores que, por cierto, son causados por los enemigos de las democracias, y en justicia idiomática deberían llamarse "horrores en las democracias" como, con la misma justicia, se puede hablar de horrores de las tiranías. ■ J. A.

La resistible ascensión de Franz Josef Strauss

JOAQUIN RABAGO

UNO ciertamente se lo esperaba, aunque no tan pronto. Porque apenas un día después de que, en la Beethovenhalle de Bonn, el cristianodemócrata Karl Carstens fuera elegido quinto Presidente de la RFA, el líder de la ultraconservadora CSU, Franz Josef Strauss, se ofrecía, desde sus montañas bávaras, como posible candidato de ambas uniones —es decir, de cristianodemócratas y cristianosociales, juntos— a la Cancillería de la RFA. Con este anuncio, Strauss trataba de frustrar la propuesta, mantenida oculta durante algunos días, del presidente de la CDU y jefe de su grupo parlamentario, Helmut Kohl, al primer ministro de la Baja Sajonia, Friedrich Albert, para que fuera éste quien representase a los cristianodemócratas en las elecciones al Bundestag de 1980.

¿Por qué el primer ministro bávaro se ha decidido finalmente a dar un paso sin duda arriesgado? Seguramente porque, con casi sesenta y cuatro años, no quiere perder más tiempo, y las circunstancias en este momento le son más que favorables tanto dentro como fuera del partido. En primer lugar, la llegada del antiguo nazi Carstens a la más alta magistratura del Estado (1), lejos de provocar el escándalo nacional que hubiera podido esperarse de un pueblo al que uno creía especialmente sensibilizado hacia

todo lo relacionado con el régimen hitleriano después de la polémica montada en torno a la serie de televisión "Holo-causto", sólo encontró un fuerte rechazo en algunos órganos de prensa y círculos intelectuales y obreros de carácter progresista. La gran mayoría del país acogió la propuesta de los cristianodemócratas con una pasividad que a Strauss debió de resultar cuanto menos prometedora.

Ni siquiera la coalición en el Gobierno opuso a la candidatura de Carstens una resistencia mínimamente eficaz. Se contentó con pedir a Walter Scheel que aceptara presentarse por segunda vez a la elección presidencial, y cuando éste, en vista de la desfavorable relación de fuerzas en la Asamblea Nacional, rechazó el ofrecimiento, se pensó en un prestigioso físico como Friedrich von Weizsäcker, quien, más o menos por las mismas razones, tampoco aceptó. Al final, los socialdemócratas sólo consiguieron, para salvar la cara, el sacrificio personal de la vicepresidenta del Bundestag, Anne Marie Renger, un personaje sin ningún relieve político, que no obtuvo siquiera el apoyo de los liberales.

En segundo lugar, al ascender a la jefatura del Estado, Carstens iba a dejar libre el cargo que había ocupado hasta el momento y que iba a ser inmediatamente cubierto por Richard Stücklen, también cristianodemócrata y, al igual que el primero, hombre de entera confianza del líder bávaro.

Junto a estas dos circuns-

(1) Ver TRIUNFO 851: "Carstens, un ex nazi, por encima de toda sospecha".